EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA ALONDRA
Y EL GORRION,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1882.

AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que correspond
Agua vá........................	1	D. Rafael Blasco.......	Todo.
Filosofía alemana...................	1	José Jackson Veyan.	»
La alondra y el gorrion............	1	E S. Rocaberti.....	»
La puerta del Saladero............	1	Juan Utrilla.:......	»
Un drama en la venta..	1	Juan Utrilla........	»
El arte de pedir....................	2	Sres. Ossorio y Guillen..	»
Los padres nuestros...............	2	Lustonó y Bedmar...	»
La lengua..........................	3	D. Enrique Gaspar.....	»
Los dos curiosos impertinentes.....	3	José Echegaray.....	»

OBRAS DIVERSAS.

El diablo mundo, poema por D. José Espronceda: magnífica edicion en tipo: litografía de varios colores y una cubierta al cromo con el retrato del autor.—Un tomo en 8.° de 208 páginas.—Precio, 4 reales.

LA ALONDRA Y EL GORRION.

LA ALONDRA Y EL GORRION,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de LARA el 8 de Abril de 1882.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA RAMONA	SRA. VALVERDE.
CÁNDIDA	SRTA. RODRIGUEZ (Dª. M.).
JUAN	SR. ARANA (D. P. R.).
AMBROSIO	SR. RODRIGUEZ (D. M.).

A LA TERTULIA

DE MI DISTINGUIDO AMIGO Y PAISANO

DON PARMENIO SAENZ DE TEJADA

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Sala con puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RAMONA, AMBROSIO.

RAM. ¡Qué pesadez! Ya te he dicho
que no te quiero hacer caso.
AMB. Peor para usted.
RAM. ¡Ambrosio!
AMB. Ni por esas; no me callo.
Á su edad de usted casarse
con un pollo almibarado,
es disparate, es locura,
las dos cosas.
RAM. ¡Qué pelmazo!
AMB. Vamos á ver: ese jóven,
que no tiene treinta años,
¿la conviene á usted, que pasa
ya de los cuarenta?
RAM. ¡Falso!
AMB. Verdad.
RAM. No es verdad. Y escucha.
AMB. Ya me tiene usté escuchando.
RAM. Pase que me des consejos,

aunque no debieras dármelos;
pues has servido á mis padres
y me has tenido en tus brazos;
pase que, en vez de cuidarme,
te tenga que estar cuidando,
porque son plomo tus piernas
y no son manos, tus manos;
pase, en fin, que me atormentes,
y me gruñas si te mando;
pero que digas á nadie,
sobre todo á los extraños,
que ya paso de cuarenta,
por eso sí que no paso.

AMB. Está bien; usté es el ama
y yo al fin soy su criado,
pero, aunque yo no lo diga
¿dejarán de adivinarlo?

RAM. Si yo represento solo
unos treinta ó treinta y cuatro.

AMB. Y aunque sea como dice:
¿la conviene á usté un muchacho?

RAM. ¿Á mí? ¡Ya lo creo! ¡Mucho!

AMB. ¿Es posible?

RAM. En todo caso
no le convendré yo á él,
pero él á mí me hace el caldo
gordo.

AMB. ¡Loca de remate!

RAM. Por cierto que está tardando...

AMB. Y si fuera su fortuna
considerable...

RAM. ¡Gaznápiro!

AMB. Pero si no tiene don lo
caerse muerto!

RAM. En mis brazos.

AMB. Si cuando enfermó de muerte
no le toma usté á su cargo,
no encuentra quien le socorra
en todo el género humano.

RAM. Por eso yo compasiva,
tomándole á mi cuidado,
se le arrebaté á la Parca.

AMB. ¿Á la Parca? No es exacto;
yo fuí por él y no había
mujer alguna á su lado.
Á usted el que la conviene
es don Blas, el propietario
de esta casa. Y á propósito...
(Sacando una carta.)
RAM. ¿Otra carta de ese sándio?
No quiero abrirla.
AMB. Mal hecho,
pues, segun me ha revelado,
á leerla no resiste
un momento á su reclamo.
RAM. ¡Viejo y presumido!
AMB. Pero
tambien viejo y millonario.
RAM. Dámela.
AMB. (Dándosela.) Ya yo decía...
RAM. Veremos.
AMB. ¿Se ofrece algo?
RAM. Sí, que veas lo que hace
Candidita.
AMB. ¿Qué? Llorando;
en los dos dias que lleva
en Madrid no lo ha dejado.
RAM. Habrá algun amor por medio.
AMB. ¡El amor! ¡Fuente de llanto!
RAM. Pues á mí me alegra todo;
sin tener nada de amargo.
AMB. El amor es como el vino,
malamente comparado,
unos le tienen muy triste
y otros alegre... volando.
(Á una señal de despedida de Ramona.)

ESCENA II.

RAMONA.

Á ver que romanza entona
este mísero mortal:

«Hermosísima Ramona.»
Vamos, pues no empieza mal.
«Desdeña usted el sincero
»amor que mi ser abrasa;
»sabe que soy su casero
»y me cierra usted su casa.
»Con burlas harto crueles
»contesta á mi frenesí,
»y trocando los papeles
»me deshucia usted á mí.
»¡Llene usted mi corazon
»con su afecto singular
»que es la sola habitacion
»que tengo por alquilar!
»Me colmará usted de gozo
»si deja de alucinarse,
»y al fin rechaza á ese mozo
»con quien pretende casarse.
»Si en ese error se mantiene
»ya lo verá, por mi fe,
»que un buen mozo no conviene
»á una esposa como usté.»
Señor, vaya un desatino,
decirme que no le quiera
por ser buen mozo. ¡Así fuera
doble que el gigante chino!
«Si corresponde á mi puro
»y ardientísimo querer,
»rebaje usted medio duro
»al año en el alquiler.
»Ni ya se puede hacer más,
»ni se puede amar más hondo,
»y, pues, que lo dice Blas
»hagamos punto redondo
»*Post scriptum*: Si tirana
»me da un no, de rigor harto,
»ó se muda usted mañana
»ó la subo á usted el cuarto.»
¿Habráse visto más ruda
manera de enamorar?
Primero me entierran viuda.
¡Vaya!

XX 1°2

ESCENA III.

RAMONA y JUAN.

JUAN. (Foro.) ¿Se puede pasar?
RAM. ¡Cómo! Usted no necesita
licencia; siempre le admito.
JUAN. Muchas gracias, Ramoncita.
RAM. No las merece, Juanito.
Esta casa es la de usted
y manda en ella y en mí.
JUAN. Agradezco la merced.
RAM. ¿No va á ser mi dueño?
JUAN. (Tras breve duda.) Sí.
Su franca solicitud
agradezco...
RAM. Por favor,
no hable usted de gratitud.
JUAN. ¿De qué he de hablarla?
RAM. De amor.
JUAN. Hoy este afecto, Ramona,
despues el amor vendrá.
RAM. Llámeme usted Mona. Mona
me llamaba mi papá.
JUAN. Pues bien, Mona, sin su apoyo
cuando de muerte enfermé,
estaría ya en el hoyo.
La debó la vida á usté.
Teniente de cazadores,
por mi carácter adusto,
perdí carrera y honores
tras no pequeño disgusto.
Era el jefe un mequetrefe
que me mostraba ojeriza;
y sin mirar que era jefe
le doblé de una paliza.
Del ejército salí
y sin carrera me hallé,
despues enfermo caí
sin un cuarto.
RAM. Ya lo sé;

su patrona, que tenía
un alma de pedernal,
á todo trance quería
que se fuera al hospital.
Yo lo supe casualmente,
y—deje usted que concluya—
le instalé cómodamente
en mi casa, que es la suya.
Velando á usted, que en el lecho
del dolor se revolcaba,
sentí brotar en mi pecho
del amor la ardiente lava.
Y miéntras como á un tesoro
le estaba un dia velando,
me dijo usted: «¡Yo te adoro!»

JUAN. Estaría delirando.

RAM. Y ensalzaba mi hermosura
y mis encántos mil veces.

JUAN. ¿Es cierto? ¡En la calentura
se dicen muchas sandeces!

RAM. Ni le abandoné jamás,
ni más enfermera tuvo.

JUAN. Eso es cierto.

RAM. Y hubo más.

JUAN. ¡Caracoles! ¿qué más hubo?

RAM. Que cierta vez, tembloroso,
exclamó usted conmovido:
«Esta es mi mano de esposo.»

JUAN. ¿La izquierda? Pues no ha valido.

RAM. ¡Qué bromista! Militar,
de excelente parecer,
habrá usted dado que hablar
y sobre todo que hacer.

JUAN. Eso es verdad, por quien soy,
Ramona, Dios es testigo,
por donde quiera que voy
va el escándalo conmigo
(Si la hiciera desistir
pintándome como un loco...)

RAM. Siga usted, me gusta oir
su confesion.

JUAN. Y esto es poco.

En mi vida aventurera,
soldado al fin, alma ruda,
no respeté á la soltera,
ni á la esposa ni á la viuda.
La razon atropellé
por donde quiera que fuí,
y en todas partes dejé
mil ingleses contra mí.
Un dia tras otro dia
seguí de zambra en jolgorio,
y en vez de un don Juan García
yo soy un don Juan Tenorio.

RAM. ¿Sí?

JUAN Me rechaza...

RAM. Eso no!
¿Conque un Tenorio?

JUAN. Así es.

RAM. Pues precisamente yo...
¡yo soy otra doña Inés!

JUAN. (¡Aprieta!)

RAM. Pero el descanso
y mi amor le cambiarán.
Yo haré un corderillo manso
del intrépido don Juan.
Mi difunto era una fiera,
pero yo, sin darme punto,
le amansé de tal manera
que ya ve usté, está difunto.
Como era un alma de hiel
rezo por él con anhelo.

JUAN. Pues no rece usté por él,
que está de fijo en el cielo.

RAM. Ya que sigue usté en sus trece
hablemos de nuestra union.

JUAN. Mejor es, si le parece,
mudar de conversacion.
¿Candidita, sigue aún
sumida en honda tristeza?

RAM. Sí, no sé qué tiene.

JUAN. Algun
quebradero de cabeza.
Dos dias lleva con hoy

de residencia en la córte
sin verla yo, cuando voy
á ser su tio... consorte.

RAM. Es huraña la maldita
y á más de llorar no cesa;
al fin una paletita,
con el pelo de la dehesa.
La envían para que yo
la distraiga, mas no sé
qué idear.

JUAN. ¿Y por qué no
me la ha presentado usté?
¿Por qué es eso?

RAM. No le asombre,
pues se pone en la agonía
cuando la mira algun hombre.

JUAN. No se parece á su tia.

RAM. Yo no cambio de semblante,
ni siento el menor afan
aunque me pongan delante
del ejército aleman.

JUAN. ¡Zambomba!

RAM. Loca me tiene.
Veré si puedo traerla.
Pero calle usté, aquí viene.

JUAN. Al fin voy á conocerla.

ESCENA IV.

DICHOS, CANDIDITA.

Candidita debe desde luégo denunciar por su traje á la señorita de aldea; pero sin nada ridículo.

RAM. (Á Juan.) Gracias á Dios que has salido.
Es una fresca amapola.

CAND. Pero es que no está usted sola?...
(No habrá alzado los ojos.)

RAM. Con mi futuro marido.

CAND. Entónces saldré.

JUAN. (Adelantándose.) ¿Por qué?
¿Le asusto á usted, señorita?

CAND. (¡Cielos, su voz!)
JUAN. Candidita,
¿por qué ha de marcharse usté?
RAM. Dice bien; alza la frente
y míralo sin desvío,
que en Juan debes ver un tio.
JUAN. Mejorando lo presente.
CAND. No está bien que una doncella...
JUAN. Pobre, y en eso repara?
Vamos, muestre usted la cara.
(Al alzar los ojos y ver á Juan los dos retroceden.)
CAND. ¡Ay, es él!
JUAN. ¡Dios santo, es ella!
RAM. ¿Qué es esto? ¿Por qué los dos
retroceden á la vez?
JUAN. (¡Es ella, es ella, pardiez!)
CAND. (¡Es él! ¡Justicia de Dios!)
RAM. ¿Quieren ustedes hablar?
¿Quieren ustedes oir?
JUAN. (Es necesario fingir.)
CAND. (Haré por disimular.)
JUAN. Por mi parte... ¿por qué no?
Al contemplar su semblante,
pensé encontrarme delante
de una novia... que murió.
RAM. Y tú, ¿fué por cortedad
por lo que mostraste susto?
¿Te ha dado vergüenza?
CAND. Justo.
¡Cómo soy así!
RAM. Es verdad.
Es de lo más inocente
que puede usted figurarse;
más, ea, no hay que asustarse
pues que va á ser tu pariente.
Mima á Juan y quierelé.
¿Qué tal le hallas? sin rebozo.
CAND. Es un jóven muy buen mozo;
no se le merece usté.
RAM. ¿Qué escuche yo tal ultraje?
(Me ha puesto una banderilla.)

JUAN. ¡Qué inocencia tan sencilla!
RAM. Diga usted que tan salvaje.
CAND. ¿Se aflige usted?
RAM. No me aflijo,
sino que me da furor!
CAND. Lo dige por el señor.
¡Como puede ser su hijo...
JUAN. (¡Ya escampa!)
RAM. ¡Qué avilantez!
CAND. ¿Otra vez se va á enojar?
RAM. (Esta me quiere sacar
los colores á la tez.)
JUAN. La inocencia inadvertida
siempre errores cometió.
RAM. Vea usted, por eso yo
no la he tenido en mi vida.
CAND. Yo no hablo con mala idea.
JUAN. Es lo que yo digo.
RAM. Sí;
pero como hables así
puedes volverte á la aldea.
CAND. Como el permiso me den...
RAM. ¿Luégo te quisieras ir?
CAND. Yo no sé como decir
que aquí no me encuentro bien.
RAM. ¿Otra vez?
JUAN. ¡Cuánta inocencia!
RAM. Sí, pero me compromete.
Voy á encargar el billete;
mañana á la diligencia.
JUAN. No, Ramona, yo no dejo.
RAM. Pero, hombre, no sea usted plomo.
JUAN. No debe marcharse.
RAM. Como
á usted no le llama viejo.
JUAN. Tras una estancia tan corta,
no comprendo yo ese afan.
En la aldea ¿qué dirán?
CAND. Dirán... ¿á usted qué le importa?
JUAN. Mas yo á acompañarla iré.
CAND. ¿Conmigo usted? No señor:
si voy yo mucho mejor

solita que con usted.

RAM. (Chúpate esa.) Concluido.
Pronto vuelvo, Candidita.
(¡Vaya con la paletita!
Aunque no hubiera venido.) (Váse.)

ESCENA V.

CÁNDIDA, JUAN.

Cándida vacila un instante y hace intencion de salir.

JUAN. ¿Me deja usted?
CAND. Claro está.
¿Qué tengo que hacer yo aquí?
JUAN. Que hacer, nada; que hablar, sí.
CAND. ¿Con usted?
JUAN. Conmigo.
CAND. ¡Cá!
JUAN. Usted me trae á la memoria
una historia interesante,
y la pido á usté un instante
para hablarla de esa historia.
CAND. ¿Es una historia de amores?
JUAN. Ha sabido usté acertar.
CAND. ¿Se trata de un militar,
teniente de cazadores?
JUAN. Y de un bello serafin
en una aldea nacido.
CAND. Si me la sé de corrido
desde el principio hasta el fin!
¿Quiere usted que yo la cuente?
JUAN. Con muchísimo contento.
CAND. Pues escuche usted atento.
JUAN. Pues ya escucho atentamente.
CAND. Érase una débil niña
ajena á los desengaños,
llegada á los quince años
sin salir de la campiña
en que al pié de agrestes lomas,
nunca de verdor escasas,
se oculta un grupo de casas

como tímidas palomas.
Allí feliz y escondida
sus deseos satisfizo,
sin soñar con el hechizo
de la cortesana vida;
ni se formó nunca idea
de más amplios horizontes
que las cimas de los montes
que circundan á su aldea.
Por entónces se extendía
la fama de un malhechor,
que era el miedo y el terror
de toda la serranía,
y á seguir al criminal
por montañas y poblados
fué un peloton de soldados
y á su frente un oficial.
Por más cómoda y más bella,
ó tal vez con mal intento,
eligió su alojamiento
en casa de la doncella:
dejando á los malhechores
por dueños de la campiña,
pasó el tiempo con la niña
embriagándola de amores;
y ella, prestándole oido,
trocó en amarga ansiedad
la dulce serenidad
de su corazon dormido.
Al arrullo seductor
de los primeros amores
vió que son más que las flores
las espinas del amor;
mas lleva la frente erguida
porque áun en su frente impreso
conserva el último beso
de la madre de su vida.
Si él la habló de eterna union,
ella debió persuadirse
de que no pueden unirse
una alondra y un gorrion.
La alondra, de corto vuelo,

sólo anhela los despojos
de sembrados y rastrojos
y hace su nido en el suelo:
otras son las cualidades
del gorrion; en su malicia
se ve claro que le vicia
el trato de las ciudades.
Así la niña lamenta
su engaño con sentimiento,
pues el gorrion de mi cuento
era un pájaro... de cuenta.

JUAN. La relacion, sorprendido
y absorto á la vez escucho;
veo que se aprende mucho
en la aldea en que ha nacido.

CAND. En un año los dolores,
y en menos tiempo quizás.
enseñan más, mucho más
que en un siglo cien doctores.

JUAN. ¡Dios al causante maldiga!
¿Usted sufre intensamente?

CAND. Sufro; pero es solamente
por lo que sufre mi amiga.

JUAN. Lo es acaso la aldeana?...

CAND. Por eso su historia sé,
mas si me interrumpe usté
no concluyo hasta mañana,
Cumpliendo su obligacion,
aquel *bravo* militar
salió por fin del lugar
al frente del peloton;
y aunque prometió escribir,
y aunque prometió volver,
nadie de él volvió á saber;
pero dieron en decir
que si no á los malhechores,
como ser debió su empresa,
dejó á una aldeana presa
en la red de sus amores.
No era cosa natural,
perseguir á criminales
uno que, por las señales,

no era ménos criminal:
ni es justicia ni razon
que se quede sin prender
el que roba á una mujer
la paz en su corazon.

JUAN. Puesto que usted es su amiga,
ahora dígnese usté oir
lo que le voy á decir
para que usted se lo diga.
Aquel pérfido teniente
no echó su amor á barato
y es su recuerdo más grato
el de la niña inocente,
y aunque anhelaba volar
al lado de la que amaba
inflexible lo vedaba
la ordenanza militar.
Al amoroso reclamo
sin tal causa acudiría.

CAND. ¿No hay correos?

JUAN. Hija mia,
está perdido ese ramo!...

CAND. Pero una duda me acosa:
pudo buscarla despues
y hoy va á casarse.

JUAN. Eso es
desgracia más que otra cosa.
Ya que se trata de mí
sin rodeos hablaré;
voy á confesar á usté
lo que ha sucedido aquí.
Sin presente, sin carrera,
y ya casi en la agonía,
si no me ampara su tia
hasta olvidado estuviera,
Me habló de enlace, de union,
y acepté su esclavitud.
¿Era aquello gratitud
ó fué desesperacion?
La verdad es que el fastidio
me iba entregando al demonio
y ví en ese matrimonio

una forma del suicidio.
Dejar la existencia impía
pensaba y hallé el conducto;
como otros el viaducto,
yo elegí la vicaría.
Sin dolor, mas sin placer,
voy andando hácia el altar;
en fin, me voy á casar
por no saberme que hacer.

CAND. ¡Y por qué, libre de excesos,
al trabajo no se aplica?
¡El trabajo purifica!

JUAN. Sí; pero muele los huesos.
Yo no estoy acostumbrado,
ni me han enseñado nada.
Me dieron solo una espada
y despues me la han quitado.
Idee usted algun modo,
hágame usté esa merced,
y como lo mande usted
por todo paso, por todo;
pues me ha dado usté una tunda
que dió al traste con mi calma.
Me ha llegado usted al alma,
y eso que está muy profunda;
¡líbreme usted de un mal paso!

CAND. ¿Y qué se me importa á mí?

JUAN. Si usted me abandona así,
me suicido.

CAND. ¿Qué?...

JUAN. ¡Me caso!
Si al fin no soy más que un niño,
de un corazon muy sincero.
Podrá faltarme dinero,
pero me sobra cariño.
Alondra, parda cantora
de barbechos y rastrojos,
vuelves con amor los ojos
á este gorrion que te adora.
Pureza y candor exhalas
de tu pecho, en amor rico;
¡abre en mi favor el pico,

y aunque me cortes las alas!
CAND. Oh, no; yo vuelvo á mi aldea
curada de mi dolor,
sin conservar de su amor
ni la más remota idea.
Usted en tanto, verdugo
de sí mismo, macilento,
llevará su casamiento
cual un afrentoso yugo.
¡Pronto, pronto! ¡Qué alegría!
Libre de su odiosa red,
gozo pensando que usted
va á casarse con mi tia,
porque con el alma ansío,
como el parentesco ordena,
llamar á usté á boca llena,
tio, ¡tio! ¡¡tio!!... ¡¡¡tio!!! (Váse riendo.)

ESCENA VI.

JUAN.

(Pausa.) No acierto á volver en mí.
Aún parece que la escucho.
¡Vale mucho. vale mucho,
¡vale muchísimo, sí!
Que jamás ha roto un plato,
cualquiera al verla diría:
pero *tio* lo decía
en un sentido más lato.
Y es hermosa, y buena... Nada,
que absorve mi pensamiento;
me agita el presentimiento
de alguna corazonada.

ESCENA VII.

DICHO y DOÑA RAMONA.

RAM. Aquí está el billete ¡hola!
Está usted solo, mejor.
JUAN. (Sin ver á Ramona y remedando á Cándida.)

¡Tio! ¡¡tio!! ¡¡¡tio!!! ¡¡¡¡tio!!!!
¡Tenía mucha razon!

RAM. ¡Calle! habla solo. Pues esto
es un síntoma de amor.
Juanito...

JUAN. (Rápido.) ¿Qué hay, Candidita?

RAM. ¡Qué Candidita! Soy yo!

JUAN. ¡Ah! ¿es usted, Ambrosio, digo,
Ramona?

RAM. Por San Ramon,
¿qué tiene usted?

JUAN. Estoy grave
y sufro de un modo atroz;
me duele mucho este lado
hácia donde cae el reló,
un poco más alto, donde
debe estar el corazon.

RAM. Pues eso el cura lo cura;
Juanito, casémonos.

JUAN. ¡Casarnos! ¿Y si me caso
seré tio?

RAM. ¡No que no!
Y hasta padre y hasta abuelo
Es lo natural.

JUAN. ¡Qué horror!

RAM. Mientras no sea usted primo
no hay ninguna exposicion.

JUAN. Pero ¿y ella?

RAM. ¿Quién es ella?

JUAN. ¿Quién? La alondra.

RAM. (Con miedo.) (¡Santo Dios!
¿Estará loco?)

JUAN. La alondra
vendida por el gorrion;
la que alegra los barbechos
á la salida del sol,
y á la tarde le despide
con un cántico de amor.

RAM. ¡Ha perdido la cabeza!
¡Lo que puede una pasion!
Vuelva usted en sí, Juanito.
¿Qué es lo que le trastornó?

JUAN. No lo sé! Yo siento ráfagas
que oscurecen mi razon,
y entre vértigos horribles
estoy oyendo una voz
que me grita ¡tio! ¡¡tio!!
¡¡¡tio!!! ¡¡¡¡tio!!!! y el terror
mis sentidos encadena
y me oprime el corazon.

RAM. ¿Quiere usted que llame un médico?
Haré que venga un doctor.

JUAN. ¡Ya está la corazonada!

RAM. ¡Jesucristo!

JUAN ¡Ya me dió!

RAM. ¿Qué le dará?

JUAN. Ya lo siento,
magnífica inspiracion!
No me pregunte usted nada
que voy de mi sino en pos,
ni me acuse usted de ingrato,
ni me tache de traidor,
ni intente pedirme cuentas,
ni exigir satisfaccion
Soy el fénix que renace
al impulso del amor,
y se eleva hasta las nubes
como ráuda exhalacion.
Si esto es para usted enigma,
señora, tanto peor
si quiere usted descifrarle
con impremeditacion.
Es charada, y es de aquellas
que le cuestan al lector
ocho ó diez horas de insomnio
si no veinte ó veintidos;
pero si de esta charada
le importa la solucion,
solamente su sobrina
se la puede hallar. ¡Adios!
(Toma su sombrero y sale rápidamente sin hacer caso de Ramona que intenta detenerle.)

RAM. ¡Ha perdido el juicio! ¡Ambrosio!
Ambrosio! pronto... ¡favor!

ESCENA VIII.

DICHA y AMBROSIO.

AMB. Ya estoy aquí, ¿qué se ofrece?
RAM. Deten á Juanito.
AMB. ¿Yo?
Déjele usted que se marche
en paz y en gracia de Dios.
RAM. Va á hacer alguna locura.
AMB. ¿Una locura? Mayor
que la de casarse, apuesto
á que no la hace.
RAM. ¡Simplon!
¡Vete! ¡Vete!
AMB. Pero ¿es que
no me necesita?
RAM. No.
AMB. Y si viniera don Blas. .
pues. . por la contestacion...
RAM. Que no quiero recibirlo,
le das esa y se acabó. (Váse Ambrosio.)

ESCENA IX.

DOÑA RAMONA y CÁNDIDA.

¡Candidita!
CAND. ¿Llama usted?
RAM. Vas á decir la verdad.
¿Qué ha pasado aquí en mi ausencia?
¿Qué le ha sucedido á Juan?
CAND. Que yo sepa, nada.
RAM. ¿Nada?
¿Piensas engañarme? ¡Cá!
Él acaba de marcharse
veloz como el huracan,
y ha pronunciado tu nombre
si yo no he entendido mal.
¿Qué ha pasado entre los dos?
CAND. Pues qué podía pasar?
RAM. No tiene nada de extraño
que siendo aquel muy galan

cayeras en tentacion
de querermele quitar.

CAND. Con una sola palabra
lo hubiera logrado ya.

RAM. ¿Ya cantas? Tú eres la alondra,
no lo puedes ocultar.

CAND. Él fué quien robó la calma
de mi pecho virginal,
y él era el solo causante
de mis penas y mi afan.

RAM. ¡Cielos, somos dos Ineses!
Fuísteis novios, ¿qué más?

CAND. Que le creí, me engañó,
y pare usted de contar.

RAM. ¡Cómo lo dices! Te envidio
por esa tranquilidad.

CAND. Como ya ha pasado aquello
para no volver jamás...

RAM Haces bien, si te requiebra
no le escuches.

CAND. ¡Escuchar!

RAM. Es un monstruo, un libertino;
unida á ese gavilan
moririas á sus garras
como paloma torcaz.
Conmigo ya es otra cosa,
pues si le llego á pescar,
las va á pagar todas juntas
el intrépido don Juan.

CAND. ¿Y usted le acepta?

RAM. ¿Por qué
no le había de aceptar?

CAND. ¿No es un monstruo?

RAM. ¡Échame á mí
monstruos de esa calidad!
Más lo era mi difunto,
y un mártes de Carnaval
tras una sofocacion
dió fin su monstruosidad.
¿Qué disgustos puede él darme
que yo no le pueda dar,
corregidos y aumentados,

para no quedarme atrás?

CAND. En fin, puesto que la gusta,
cómaselo con su pan.

RAM. Como le hinque bien el diente,
ni migas han de quedar.

CAND. Yo me volveré tranquila
á mi aldea, y ójala
que en lugar de ser mañana
fuese hoy mismo.

RAM. ¿De verdad?

CAND. Si señora.

RAM. Todavía
lo podemos arreglar.
El coche sale á las cuatro
y son las dos nada más,
voy, me cambian el billete,
te vas hoy mismo y en paz.

CAND. Eso es.

RAM. (Sí, que se marche
por lo que pueda tronar,
no se vean otra vez
y se arreglen ella y Juan.)
Vuelvo en seguida.

CAND. Corriente.

RAM. ¡Qué dia tan infernal!
¡Y lo que cuesta casarse
en llegando á cierta edad! (Váse.)

ESCENA X.

CANDIDITA, se dirige al foro como viendo alejarse á Ramona, y vuelve al primer término.

Me marcho, sí, me alejo
del fementido,
y aquí el amor me dejo
que le he tenido.
¡Quién me diría
que sin llanto en los ojos
le dejaría!
Más ¡ay! aunque mi llanto
por él no corra,
fué mi amor tanto, tanto,

que no se borra.
¡Mentido alarde!
¡Los primeros amores
se olvidan tarde!
El fué el amor primero
del alma mia,
y aunque ya no le quiero
cual le quería,
áun me parece,
que yo le quiero doble
que se merece.
Que sienta él la amargura
que á mí me aflige;
mi negra desventura
venganza exige.
Más ¿la venganza,
no es acaso la muerte
de la esperanza?
Aldea de mi vida,
rincon hermoso,
á tu sombra querida
busco el reposo.
¡De mis amores
cúrame, vírgen santa
de los Dolores!
Por lo que te venero,
que dé al olvido
este amor, el primero
que yo he sentido.
Mi fe te pide,
aunque le olvide tarde...
¡que al fin le olvide!

(*Juan aparece en este momento en traje de obrero.*)

ESCENA XI.

CANDIDITA, JUAN.

JUAN. ¡Llora! ¡Qué buena ocasion!
Pues si su llanto es verdad
ya tengo seguridad
de llegarla al corazon.
Candidita...

CAND. (Retrocediendo asustada.) ¡Eh!
JUAN. Candidita.
¿Se ha asustado usted al verme?
Acabo de deshacerme
del sombrero y la levita.
CAND. Vuelve usted ..
JUAN. ¿No deberé
quedar como corresponde?
Vuelvo á despedirme.
CAND. ¿Dónde
se marcha usted?
JUAN. No lo sé
Usted, para rescatarme,
me dijo, en máxima rica,
que el trabajo purifica
y voy á purificarme
CAND. ¿Renuncia usted á su union
con mi tia?
JUAN. Sí señora.
CAND. Y qué vá usté á hacer ahora?
JUAN. Buscaré colocacion.
Usted me hizo ver lo bajo
de mi loco proceder
y lo noble que es deber
su posicion al trabajo.
Aunque sufra el purgatorio
y aunque pese al mundo entero
hoy tomo plaza de obrero
en clase de meritorio.
CAND. ¿Lo dice como lo siente?
JUAN. Como lo siento lo digo,
y pongo á Dios por testigo
de que mi labio no miente.
Ahora veré lo que valgo
y lo que puedo veré;
pero á estas fechas no sé
si yo sirvo para algo.
Tengo voluntad y puños,
que es lo que se necesita.
¿Me quiere usted, Candidita
para labrar sus terruños?
CAND. ¿Usted labrador? ¡Qué idea!

JUAN. Hoy mismo, si la acomodo,
tomo, rompiendo por todo,
el camino de su aldea.
Manejaré el azadon
como si fuera un gañan,
comiendo un trozo de pan
tan negro como el carbon.
Fertilizaré su huerta,
duro como el mismo hierro,
y dormiré como un perro
en el quicio de su puerta.
Sin pesares ni quebrantos
destriparé allí terrones,
y cuidaré sus melones...
lo mismo que uno de tantos.
Ni me ha de arredrar el frio,
ni ha de arredrarme el calor,
siempre con igual humor
en invierno y en estío;
y del corazon insano
ahuyentaré las quimeras
con el viento de las heras
al limpiar el rubio grano.
Al punto en que el alba asome
con usted iré á la ermita,
tomando el agua bendita
allí donde usted la tome;
y así valdrán más las preces
de mi corazon, porque
despues de tomarla usté
está bendita dos veces.
Yo andaré de arriba á abajo
sin chistar y sin pereza.
Candidita, con franqueza,
¿me quiere usté dar trabajo?

CAND. (Siento agotarse mi brío
y hasta vacila mi planta.
¿Será verdad, Vírgen santa?
¡Que no me engañe, Dios mio!)
Pero si yo no pudiera...
entónces, ¿qué es lo que haría?

JUAN. Lo mismo; le buscaría

en otra parte cualquiera.
Iría al Ayuntamiento
y mal había de andar
si no pudiera encontrar
para ganarme el sustento.
La posicion más sencilla
aceptaré con cachaza,
¡aunque me den una plaza
de manguero de la villa!
Pero embebido en mis sueños
y en mis amorosas luchas,
iba á administrarles duchas
á todos los madrileños.
¿Calla usted? Ya he comprendido;
en medio de mi ansiedad,
que me niega su piedad
el trabajo que la pido.
Mi suerte contraria y fiera
me hará vagar sin saber
á qué hora voy á comer,
ni si comeré siquiera...

CAND. Mi mutismo no le extrañe;
si finge usted yo no entiendo;
pero si está usted fingiendo,
¡por Dios! no me desengañe!
Que en alas de su pasion
me exige el amor tirano
que le dé hoy mismo su mano
quien le dió su corazon.
(Le tiende su mano, que Juan besa con efusion.)

JUAN. ¡Cándida!

CAND. ¡Juan!

JUAN. ¡Qué alborozo!
Pero esto así no ha de ser;
ántes quiero merecer
tanta dicha, tanto gozo.

ESCENA ULTIMA.

CÁNDIDA, JUAN, RAMONA, despues AMBROSIO.

RAM. Ya estoy de vuelta. ¿Quién es
este hombre?

JUAN. Servidor.
RAM. ¡Usted, Juanito! ¡Qué horror!
JUAN. De la cabeza á los piés.
CAND. (Aquí es ella. ¿Qué dirá?)
RAM. Explique usted, si le agráda...
JUAN. ¿Mi traje? Es otra charada.
RAM. Luégo me la explicará.
Lo arreglé, gracias á Dios,
como quieres, hija mia.
El billete. (Mostrándole.)
CAND. El caso es, tia...
que ahora necesito dos.
RAM. ¿Dos billetes? ¡Qué locura!
CAND. Yo siento si la importuno...
RAM. Á tí te basta con uno.
¿Y el otro?
JUAN. Para este cura.
RAM. ¿Para usted?
JUAN. Sencilla cosa,
tan vulgar como corriente;
(lo diré desde aquí enfrente.)
(Alejándose todo lo que pueda de Ramona.)
Candidita es ya mi esposa.
RAM. Salgan ustedes de aquí.
¡Qué perfidia, qué traicion!
JUAN. Es una reparacion.
RAM. ¿Y quién me repara á mí?
AMB. ¡Don Blas! Le digo... (Desde el foro.)
RAM. No tal.
Que pase aquí; sin cumplido.
(Vamos, ya tengo marido
hasta el primer Carnaval.)
(Cándida y Juan bajan al primer término.)
Alondra sin encanto,
vuelvo á mi nido;
si te enojó mi canto,
perdon y olvido.
JUAN. Y al gorrion ¿nada?
RAM. Sí, que le espante el ruido
de una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
anes de Gracia..................	1	D. L. P. de Guzman...	L.
tilo es el hombre..............	1	Manuel Nieto.......	M.
vadero de la Florida...........	1	Sres. Ossorio y Guillen..	L.
o y estopa.....................	1	Banquells y Reig....	L. y M.
bonitos........................	1	D. M. F. Caballero.....	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, *D. Eduardo Martinez,* calle del Príncipe, núm. 25, y *Saturnino Calleja*, Paz, 7.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné.*—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.